

IV Congreso Latinoamericano de Traducción e Interpretación

**LOS FILTROS MENTALES Y
EMOCIONALES EN LA INTERPRETACIÓN**

Adriana Pignatta
Traductora e Intérprete

LOS FILTROS MENTALES Y EMOCIONALES EN LA INTERPRETACIÓN

Adriana Pignatta

Traductora Pública e Intérprete

Todos los seres humanos estamos condicionados por factores genéticos, psicológicos y socio-culturales, aunque cada individuo es único y las experiencias que marcan su psiquis son irrepetibles. Estos condicionamientos dan como resultado una serie de filtros que se manifiestan imperceptiblemente como una pantalla que se interpone al paso de determinada información y que excluye ciertos elementos, dejando pasar otros. En el caso de la interpretación, estos filtros afectan la labor del intérprete de diferentes maneras, según el peso de los condicionamientos que, por supuesto, es diferente en cada uno.

El intérprete necesita pensar y escuchar de manera activa y empática al mismo tiempo y debe utilizar su competencia lingüística y todos los recursos internos de los que disponga para interpretar en un lapso absolutamente limitado. Los recursos consisten en tomar de nuestra reserva la herramienta que nos permita resolver las contingencias lingüísticas que se nos puedan presentar. En esta búsqueda de herramientas internas, la memoria a largo plazo también se ve afectada de manera activa, ya que durante la descodificación del texto oralizado, se ponen en juego y se reactivan todos los conocimientos y sentimientos almacenados consciente o inconscientemente por el intérprete a lo largo de su vida.

En consecuencia, su trabajo no es, simplemente, reproducir el discurso original exacto en la lengua meta, sino que deviene en una verdadera acrobacia mental, ya que, evidentemente, existe un abismo entre la lengua de llegada y la lengua de partida.

El intérprete debe soportar la tensión que produce la idea de búsqueda inmediata, de traslado, de cruce, de ir y venir de una lengua a otra; el intérprete está permanentemente "en souffrance", en un suspenso angustiante, como si diera un salto al vacío. En ese ir y venir, reacciona de diferentes maneras a los estímulos provocados por el discurso ajeno y toma conciencia de que cuanto más profunda es su intimidad con la lengua extranjera, menos poder tiene para alcanzar la restitutio ad integrum, porque para interpretar, debe elaborar, forzosamente, equivalentes en la no equivalencia.

El discurso del orador está cargado de poder, del poder que él mismo decidió que tuviera y el intérprete responde con inmediatez, decisión y compromiso en la elección de las palabras, a sabiendas de que a su elección puede oponérsele otra que él mismo haya entrevisto y luego descartado.

El intérprete debe intentar, conscientemente, no teñir el discurso con sus propias subjetividades, agregándole o restándole significado. Ahora bien, para tener una visión objetiva del discurso, tendría que ser un objeto, pero el intérprete es un sujeto y está condenado a dar su propia visión subjetiva en la interpretación. En consecuencia, escuchamos lo que estamos preparados para escuchar como sujetos, lo que necesitamos escuchar o lo que queremos escuchar, más que lo que el orador está diciendo realmente.

Algunos de los filtros que ejercen gran impacto en nuestro trabajo son nuestras presunciones, creencias, expectativas, sentimientos, intereses, recuerdos de experiencias pasadas, prejuicios, roles de género y valores.

Los filtros particulares de cada intérprete son una parte tan íntima nuestra que nos volvemos ciegos (o mejor dicho sordos) a ellos. Así, muchas veces, no somos lo suficientemente activos para tratar de entender las palabras del orador, ya que nuestra atención hacia el discurso "va" y "viene" constantemente en fracción de segundos.

El proceso de escucha activa es fundamentalmente un proceso de retroalimentación que no debe juzgar al orador. Para interpretar fielmente al orador, el proceso también debe incluir la empatía, es decir que el intérprete debería intentar "sentir" el mundo interno del orador, sus intenciones, percepciones, su propio marco de referencia, "como si" fuera el propio orador; situación ésta, francamente complicada para el intérprete.

Podríamos preguntarnos, entonces, si la escucha activa y empática es tan difícil de alcanzar, ¿por qué deberíamos intentarlo?

Porque si bien no somos dueños del discurso del orador, ni de nuestros condicionamientos, ni de los filtros que devienen de ellos, sí somos dueños y responsables de lo que hacemos con ellos y así, probablemente, podamos neutralizarlos y contrarrestarlos, identificando los temas que actúan en nosotros como "disparadores emocionales" y que posiblemente interfieran en nuestro rendimiento profesional.

Porque si se dejara subyugar por sus propios filtros mentales y emocionales y no los desenmascarase, el intérprete no tendría alternativa y su interpretación estaría signada por una irremediable infidelidad al discurso original.

Porque, después de todo, antes de la interpretación, no hay equivalencia posible, en cambio, luego de la interpretación hay por lo menos una que es efectiva.

Por último, porque el sentido común nos pide que no desechemos ninguna posibilidad para poner al servicio de lo que hacemos todos los recursos que tenemos.

Bibliografía

- Ritvo Juan B. Pontalis J. B., De la Traducción. Paradoxa. Literatura / filosofía. Año1 N°1, 1986
- Bucay Jorge, Hojas de Ruta. Editorial Sudamericana/Del Nuevo Extremo, 2002
- Atwater Eastwood, I Hear You. Walker Publishing Company, 1992
- Pignatta Adriana, "Una Experiencia Psicopedagógica con los Acróbatas del Lenguaje". III Jornadas Interdisciplinarias sobre Ejercicio Profesional, CTPBA, noviembre de 2002